

La memoria: un ejercicio necesario para todos y fundamental para quienes escribimos y que yo he privilegiado de manera expresa o indirecta en todos mis libros



Margo Glantz

1.

Los mecanismos del recuerdo se han estudiado mucho. En mi caso particular, aunque puede ser también algo general, creo que el recuerdo se produce a veces de manera espontánea, pero no se puede manejar la espontaneidad absoluta en una escritura como la que se produjo en mis libros *Las genealogías* o en *Yo también me acuerdo*, concebidos como libros específicamente autobiográficos, aunque podría alegar que en última instancia todos mis libros si no son propiamente autobiográficos son siempre auto-referenciales o podrían insertarse en eso que ha dado en llamarse la autoficción.

Parto siempre de un fragmento o de varios y, Perogrullo, el fragmento de por sí es fragmentario. Esos fragmentos se constituyen por recuerdos y a veces por apariciones.

Dejar en estado puro de fragmento lo que se quiere armar como libro es peligroso. Aislado el fragmento puede funcionar obviamente en el aforismo, el epigrama, la máxima, la fábula, el minicuento o en ese tipo de escritura recientemente facturada, el Twitter. Puede ser inteligente, interesante, significativa una frase de 140 caracteres; se nota de inmediato cuando la gente la retuitea, también una frase que de repente se oye en una conversación, por ejemplo las muy ingeniosas que fabricaba a menudo el gran escritor de textos breves, Tito Monterroso. Pero si se quiere armar un libro con este tipo de frases, es necesario llevar a cabo un trabajo muy riguroso para organizarlo. Una labor que participa de lo consciente y al mismo tiempo de lo inconsciente, otra obviedad importante que hay que subrayar. Se van combinando varias etapas casi geológicas de conciencia e inconsciencia. Un trabajo constante, reiterativo para que esas capas se vayan organizando como capas tectónicas que deben ocupar el lugar que les corresponde; de otra forma se produce un terremoto y el libro se desbaranca. Un trabajo largo: a medida que se va haciendo construye el libro, al ir acumulando y ordenando los recuerdos que cada vez se van haciendo más precisos y más numerosos: se propician los unos a los otros. La memoria es al mismo tiempo espontánea y selectiva, no sé muy bien cuál es la selección inconsciente previa a un recuerdo que aflora. No entiendo muy claramente o de manera científica el mecanismo, pero es necesaria una selección en donde el cerebro vaya procediendo por asociaciones. Un proceso muy evanescente, muy sutil, difícil de atrapar. Tal vez los neurobiólogos descubran en breve el tipo de mecanismos que el cerebro posee para concientizar y asociar los recuerdos, para que surjan de repente de forma tan perfecta, como suele

pasar cuando se está escribiendo un libro. Se empieza con una frase que convoca a otra frase, que a su vez convoca a otra de forma prodigiosa. Cuando yo estaba organizando el material de *Yo también me acuerdo*, el libro se reestructuró a menudo; lo empecé de maneras distintas numerosas veces, recurrí a diversas versiones que al mismo tiempo iban modificando de nuevo la estructura que originalmente pensaba tendría el texto. Trabajo misterioso y muy hermoso el de estos fragmentos que van surgiendo y tratan de encontrar su verdadero cauce. Solía pasar que un recuerdo muy banal o mal formulado no correspondiese obviamente a lo que exigía un producto cabal.

Reivindicaré ahora una de las genealogías que más aprecio y dentro de la cual escribí uno de mis últimos libros, *Yo también me acuerdo*. Una tradición o una corriente que procede de escritores que también privilegian el fragmento, como Joe Brainard, Georges Perec, David Markson, Sebald, Lydia Davis, Pascal Quignard. Y en México mi maestro Julio Torri, Nellie Campobello, Juan José Arreola, para sólo mencionar unos cuantos, hasta Juan Rulfo quien fue criticado por hacer una pedacería y obligar al lector a descifrar el rompecabezas.

Joe Brainard no inauguró un género al escribir *I remember* en 1975, pero sí dio un magnífico ejemplo a seguir al emplear la anáfora *Me acuerdo* para convocar los recuerdos. Modelo de inmediato seguido por Georges Perec. Su amigo Harry Mathews, también miembro del Oulipo (*Ouvroir de littérature potentielle*, es decir, Taller de literatura potencial, del cual era miembro asimismo Calvino) le regaló a Perec una copia del libro de Brainard y Perec escribió de inmediato su *Je me souviens*, publicado en 1978, usando el mismo procedimiento y escribiendo en el epígrafe: “El título, la forma y en cierta medida, el espíritu de estos textos se inspiran en *I remember* de Joe Brainard”. Yo me inspiré en ambos. Es un libro que me interesa muchísimo, además, porque la reacción de los lectores es querer hacer a su vez un libro parecido. Maravilloso, tratar de colectivizar un trabajo que por otro lado es muy personal, porque, obvio, los recuerdos personales son totalmente distintos unos de los otros. Por descontado, cada quien tiene los suyos que al escribirse se estructuran de una manera diferente y producen escrituras distintas, pero estamos siempre ante un tipo de producción generosa.

Otra aseveración gratuita: es difícil hacer un ensayo con textos breves como el aforismo, pero verifico que en *La preparación de la novela* de Roland Barthes, los apuntes de su último curso impartido en el Colegio de Francia, antes de morir en 1980 y publicados póstumamente, me parece sorpresiva y deslumbrante la forma en que demuestra cómo, en el proceso creativo previo a la escritura de una novela que nunca se escribió, esta podría estar en germen en una de las formas más breves que existen en literatura, el haiku. Al respecto, Beatriz Sarlo escribe en su prólogo a la edición española: “El haiku se define como una notación del presente, una escritura muy breve que plantea, del modo más agudo, la cuestión del fragmento, su clausura y el deseo de que ‘prenda en un discurso extendido’”.

Pienso entonces que algunos de los recuerdos que se van enhebrando en *Yo también me acuerdo* tienen cierto parentesco con el haiku. Me gusta la idea. Como sabemos, tanto el aforismo como la anáfora son géneros antiquísimos, volverlos a practicar es revisitar una figura retórica o un género literario para renovarlo como sucedió por ejemplo con la fábula en *La oveja negra* de Tito Monterroso o en los ejemplos a los que he aludido, el de Brainard, Perec y el mío.

2.

Si pienso en mi libro *Las genealogías* verifico que se trata de una memoria afectiva o biográfica que procede de mis padres. Una memoria de nuevo fragmentaria, poco

organizada, aunque visceral, cuando se fueron publicando entregas, a manera de folletín, en el periódico *Unomásuno*. Cuando reorganicé el material y le dí estructura me hizo falta acudir a la literatura para colmar los vacíos, por otra parte, elemento fundamental en mi biografía personal: desde muy niña viví más inmersa en los libros que en la vida real, me dieron fuerza y la posibilidad de vivir miles de experiencias que de otra forma nunca hubiera podido conocer. La literatura me ha formado y es a la vez mi educación intelectual o simbólica, pero es también mi educación sentimental, en el sentido que le dio Flaubert a ese término en su novela del mismo nombre.

Los jirones de alma rusa que coexisten en mí me la dieron mis padres, las canciones que mi padre cantaba donde se rendía tributo al río Volga, o a los ojos negros de las rusas; el borscht, los blintzes que mi madre preparaba; el recuerdo de los abuelos a quienes no conocí, una colcha de seda bordada que perteneció a mi bisabuela materna, un reloj de oro de mi bisabuelo también materno, algunas fotos, pero lo más fundamental fue la literatura, sobre todo Dostoiewski, luego Gogol, Tolstoi, Babel, Chéjov, Oblomov, Ajmátova, Mandelstam, Bulgákov, Pilniak, Nabókov, Grossmann, etcétera.

Los conflictos actuales de Ucrania con Rusia me sobresaltan y me hacen pensar en esa eterna inestabilidad que constantemente altera las fronteras de Europa y hace revivir los odios nacionales produciendo catástrofes terribles, como en el siglo XIX la sujeción de Polonia a Rusia (ejemplos notables en el arte: Joseph Conrad y Chopin), o la guerra civil en la antigua Yugoslavia con los cruentos combates entre croatas, serbios, kosovares, macedonios, etcétera, a finales del siglo XX; y ahora los que enfrentan a Ucrania con Rusia y al medio Oriente, a Siria, a Libano, a África, y siempre y sobre todo de ahora en adelante a todas las minorías y a los que vivan o serán expulsados de los Estados Unidos en esta era nefasta que comienza, esta era en que se extinguen las abejas y renacen los fascismos.

Una anécdota familiar me parece significativa. Cuando murió mi padre a los 80 años, el único idioma en que podía expresarse era el ucraniano. Ya no hablaba en idish, idioma que yo pensaba que era su lengua materna, no lo recordaba para mi gran asombro, él que fue un gran poeta en esa lengua. Nunca lo oímos hablar en ucraniano, sólo en ruso y en idish con mi madre. ¿El ucraniano fue entonces su verdadera lengua materna? ¿Y por qué nunca antes supimos que estaba relacionado tan fuertemente con esa lengua? Y obviamente lo estaba, ¿no son los recuerdos más antiguos los que se conservan cuando ya el cerebro ha dejado de recordar los más recientes?

Desde muy joven, la literatura era y sigue siendo mi forma de conexión con el mundo. La biblioteca de mi padre era enorme y confusa para mí porque contenía libros fundamentalmente en idish y ruso; en español abundaban los volúmenes de poesía: poetas españoles, mexicanos, latinoamericanos, Cervantes, Calderón, Shakespeare... y libros de aventuras, mitologías... mi padre era poeta, y escribía en idish, pero nunca me lo enseñó. De alguna manera ese idioma y el ruso eran los idiomas secretos de mis padres, lo utilizaban para comunicarse entre ellos. Mi idioma en cambio fue el español, asediado por el sonido y la entonación de otras lenguas

3.

Mi relación con Bataille ha sido importante, fue fundamental en un libro mío llamado *Apariciones*. Uno de los textos que más me ha marcado y más me asombra es uno muy breve; forma parte de un temprano libro suyo que al coleccionar sus artículos aparecidos en una revista fue intitulado *Documentos*. Me refiero a su ensayo sobre el dedo gordo del pie, texto que asimismo escogió Roland Barthes para hacer un

análisis extraordinario sobre Bataille. Allí, este revisa esa dicotomía proverbial entre lo alto y lo bajo, lo sublime y lo obscuro. Y Bataille privilegia lo bajo, lo crasamente material, el pie, y en éste el dedo gordo, esa parte grotesca, casi antiestética de la anatomía. Bataille ha sido para mí un modelo, como lo fue para algunos miembros de mi generación, Elizondo o García Ponce. Bataille estaba atisbándome cuando escribí en memoria suya mi novela *Apariciones*. Hay en mi texto una relación fundamental entre los pies calzados con zapatos de diseñador, evocados como una forma de antidoto contra la desaparición. En realidad, tener un buen calzado para escribir, es una forma de asentarse en el suelo para producir. Es tener la cabeza firme para pensar, para que el pensamiento se traslade a las manos y a través de la yema de los dedos posados sobre la máquina de escribir o la computadora surja la narración, una especie de convocación de apariciones. En el momento en que se ponen las manos sobre el teclado, se produce un texto engendrado por el recuerdo. Creo que contemplo esas tres operaciones como fundamentales para escribir, asentar los pies firmemente en el suelo, recordar y de inmediato poner las yemas de los dedos sobre un teclado y producir: los pies para estar bien sentada, la cabeza para pensar bien, la transmisión del pensamiento a las manos, y las manos como conductor de la imagen, porque en el momento en que se ponen las manos sobre el teclado, se producen las apariciones ¿los recuerdos? Un ritual indispensable, por lo menos para mí.

Y termino esta pequeña intervención, en parte justificatoria, mencionando de paso mi última publicación *Por breve herida* en donde privilegio uno de los más característicos procedimientos literarios de antigua y noble cepa, la repetición y la reiteración. Terminó con un recuerdo más, el de los colibríes que me visitan a menudo y veo volar y posarse en la sávil, la azalea o la rosa que están frente a mi ventana cuando escribo. Son la Imagen pura de lo evanescente por su forma de volar, un movimiento incesante por la rapidez con que se produce y a la vez desaparece, una relación muy hermosa entre el libar de las flores y el vuelo. El colibrí plantea al mismo tiempo el presente de la escritura y la rapidez con que ese presente se evapora.

Una pausa en el recuerdo.

Otro ritual, y el ritual se funda en un ejercicio de memoria, el de la constante y exacta repetición.